

más creyentes sino en la naturaleza de esas penas y esas recompensas, y en la arbitrariedad con que nuestros sacerdotes condenan á los que, probablemente, Dios recibe en su regazo. Componer un infierno de los males conocidos por nosotros, es negarle sus secretos á la eternidad. Yo oí una vez un sermón en el cual el orador ponía á la vista de los pecadores el infierno. Desde luego no había en él qué comer ni qué beber, sino una por semana, á fin de que los precitos no murieran de hambre; y ese tardío desayuno eran unas cuantas culebras mal sancochadas, otras tantas lagartijas, y algunos sapos crudos envueltos en mostaza. Después decía que los diablos los bañaban á los condenados en agua fría, les pinchaban el cuero con alfileres y los obligaban á dormir sin sábanas. La gente anda allí muy flaca: hay temblores de tierra á media noche; viruelas y sarampiños dos veces al año: corren muchas falsas noticias: las mujeres son tuertas y los hombres borrachos. Cuando se ha menester agua, no llueve; cuando sobra humedad, no deja de llover. Las papas se agusanan; el maíz se pierde, y la jora se viene á poner carísima. Cuando tienen sed, se ven obligados los malditos á beber de un río de tinta que está corriendo entre piedras muy gordas. Los vientos son más fuertes que los de Huashapamba: los perros cogen rabia y muerden á los transeuntes. Los criados no permanecen; fugan hombres y mujeres; la casa queda sola, y cabalmente llegan huéspedes cuando la señora está enferma. Este es el infierno, católicos!

Que esta oración es de aldea, no hay para que se

diga. Las viejas lloraban y se aporreaban el pecho, y gritaban; mas dudo que un auditorio francés se hubiera erguido de súbito, pálido, aterrado, como cuando Massillon tocó al infierno con la mano y lo puso por delante. Ese infierno no es de fuego ni de nieve: es la vida y el conocimiento en medio del vacío. La ausencia de Dios produce las tinieblas, y estas tinieblas son sin frío ni calor, sin hambre ni sed, sin goces ni dolores; mas causan en el alma el convencimiento de una existencia sin fin, metidos allí en esa vasta nada, viviendo la muerte perdurable: este es el infierno. Y este no para los á quienes sin razón ni justicia condenan jueces del mundo, sino para los que lo han merecido por sus obras. Las nodrizas de Roma solían espantar á sus niños con el eunuco Narsés: no de otro modo ese buen cura y mejor orador aterró al inocente auditorio con un punto realmente patético, hablando de las malas noticias que corrían en el infierno, cuando dijo: Hermanos míos, allí hay amenazas continuas de que viene el mudo Ignacio Veintemilla: esconded cuanto tengais, escondedlo! zarcillos de vuestras hijas, cucharas de plata, animales domésticos, debajo de la tierra! Miradle ahí, ya llega: esa cara de caballo, esa cerviz de toro, esos ojos de besugo, esas patas de elefante, tuyas son, católicos! Y el borrachón de Urbina no es ese que viene atrás, cayéndose á un lado y á otro? Pensará que aquí hay aguardiente, malas mujeres, montones de oro que llevar á su casa. Los que le han mantenido en sus épocas de hambre; los que le han dado una capa de dos que tenían; los que le han sacado la barba del lodo no están aquí! En vano vienes, pícaro! no tendrás á

quien meter en calabozos y dejarlos morir con grillos; á quienes desterrar y condenar á las necesidades que te aliviaron; á quienes difamar y calumniar por que te defendieron. Mala residencia es el infierno, pero no tanto que sea buena para ingratos y bribones como tú. Qué fin el tuyo, canalla! qué fin... Para morir en la infamia, el desprecio público, la abominacion general, mejor te estuviera haberte hecho cargar por los diablos ahora treinta años: no es verdad, católicos? Si este libro llegase por ventura á manos de lectores europeos, seguro está que tomasen este sermón al pié de la letra: en América, donde curas y misioneros son la gente ménos letrada y más inculta, oraciones como ésa son comunísimas. Dicen las verdades en el púlpito en ocasiones, como la presente, pero en qué forma! otras la occultan y son del todo maliciosos. La regla no es general: hombres hay entre los eclesiásticos, de inteligencia y saber, y algunos que pudieran entrar en docena con los mejores del viejo mundo.

Volvemos á Lucrecia. Qué hubiera debido hacer una cristiana en la estrecha situacion de la romana? Resistir hasta el último suspiro, y matarse, pero ántes del daño irresarcible, decis. Mas Lucrecia no lo podia: porqué? por motivo de esa misma infamia de que ella queria huir. Viene Sesto Tarquino, hijo del rey, y la amenaza con la muerte si en el acto no se rinde á su pasion. La honesta esposa desprecia el hierro que ya rompe su seno. Pues mira, dice el príncipe, te quito la vida, hago lo propio con uno de tus esclavos, pongo juntos los dos cadáveres, vuelo á Colatino, y le doy cuenta de haber

matado á su mujer, como buen amigo suyo, por haberla sorprendido en fragante delito de adulterio con un vil doméstico. Sabido es que entre los romanos todos tenían facultad de matar á los adúlteros, si los tomaban con las manos en el crimen; y quien tal hacia servia á sus amigos de manera de alcanzar su eterno agradecimiento. Qué hace Lucrecia? qué debia hacer? Matarse. Vuelvo á recordaros que la doctrina de Jesucristo no era aun conocida, y que Lucrecia no pensó que cometia una accion reprehensible. Debia haber dado cuenta á su marido sin quitarse la vida? « Porqué no resististe, » hubiera dicho éste. « Porque no pude. » « Pues porqué no te dejaste matar? » « Por que me amenazó con la infamia. » « Y ahora te juzgas limpia? no estás infamada? no eres infiel, adúltera? y no me cubre á mí tu ignominia más que á tí misma? » Lucrecia muere de mano santa, su propia mano, y esta muerte sublime trae consigo la libertad de Roma: ¡cuán grande acontecimiento!

Lucrecia es suicida, y por suicida, decis, no la debemos nombrar en hecho de virtudes. Y qué direis, y qué hareis cuando os presente yo suicidas beatificadas, canonizadas por el Pontífice Romano? suicidas con la propia ocasion que Lucrecia, suicidas santas, santas suicidas? Qué asombro! Aquí están, aquí están.

Vosotros que sois tan buenos cristianos debeis saber más que nosotros, pobres, desventurados herejes. Abrid las obras de san Ambrosio, buscad el tratado « De la virginidad, » y ved allí á Santa Pelagia con su madre y sus hermanas cómo se botan en un rio, por no servir de plato á los hambrientos de ellas.

Echad la vista á la Historia Eclesiástica de Rufino, y ved allí á santa Sofronia que se da de puñaladas, cual otra Lucrecia, por huir de las brutales manos del emperador Maxencio.

Leed, buscad por ahí, y hallareis otras varias suicidas santas, santas suicidas. Santa Margarita de Cortona, mujer de hermosura sin igual, se hiere el rostro, se lo magulla, provoca supuracion pestilente en esas llagas, se mata la belleza, se mata la salud, suicidio atroz, por ahuyentar á sus enamorados. Y tened entendido que todas éstas fueron canonizadas despues de muertas, pues á mí se me ignora que nadie haya recibido en vida ese augusto tributo de veneracion.

Qué decis? santa Pelagia, su madre y sus hermanas debieron haber servido de plato á los hambrientos de ellas por amor de Dios? Santa Sofronia debió haberse entregado al emperador Maxencio por amor de Dios? Ajenos os hallabais de proferir una blasfemia, y la habeis proferido. Yo, pobre hereje digno de compasion, me quedo á Lucrecia, Pelagia y Sofronia; vosotros, católicos-romanos, ¿á quién os quedais? *Notable es* que vuelva yo á proponeros *tres suicidas*. Prosigamos. Mas no hemos de proseguir ántes de haceros yo saber á quién os quedais vosotros. Vosotros os quedais á *esa santa* de que habla Miguel de Montaigne, la cual, habiendo pasado por las manos de muchos soldados un dia de libertad de amor y saqueo de honras, se lavaba las suyas, como Pilatos, diciendo alegremente: Bendito sea Dios que á lo ménos una vez me ha sucedido esto en la vida sin cargo de conciencia... Hipócritas, como halleis resquicio para engañarle á la Divinidad, ya estais

contentos: si hubiese uno que os obligase á tomar lo ajeno, seriais ladrones sin culpa: si os constrñesen á hincar el puñal en el pecho de vuestro hermano, no os tendriais por homicidas: si os obligasen á jurar falso, el perjurio no seria pecado vuestro. Así la heroína de Montaigne quedó muy satisfecha: en poco estuvo no pensase haber llevado adelante un acto meritorio.

Ni pretendí hacer comparaciones entre las mujeres paganas y las cristianas, ni ménos dar la preferencia á éstas. Cada cual en su lugar: Maria, en el corazon y la cabeza, en la cabeza y los labios de la mujer desde que nace hasta que espira. Lela Marien es figuracion divina hasta en los devaneos religiosos de los moros. Lucrecia, Arria, Pompeya Paulina podrán servir para la educacion secundaria, si el clérigo Fleury anda fuera de camino, cuando no exige en la mujer sino un poco de música, un poco de canto y el modo de hacer bien una cortesía. El hombre moderno, civilizado segun la forma de las sociedades que componemos y los tiempos que alcanzamos, ha de ser cristiano desde luego, despues gentil, si tener nociones de la filosofia y la moral antiguas, y admirar las virtudes heroicas es, como afirmais, profesar el gentilismo. Ya os comprendo que vuestro ahinco es echar abajo toda la grande antigüedad, de un hachazo, como el soldado de Constantino hizo con la estatua de Serápis. Advertid, hermanos, que eso seria entrar Roma á sangre y fuego tras ese horrible Gregorio que dió el asalto á la ciudad jurando muerte y ruina á todo lo que diese de sí un olor de paganismo, aun cuando fuesen templos maravillosos, mármoles y bronces ani-

mados por la inspiracion divina de los artistas de la Grecia. Echar abajo la antigüedad, es meter fuego á la Biblioteca Alejandrina : echar abajo la antigüedad, es empeñarse en destruir, como Calígula, la Iliada de Homero y las Décadas de Tito Livio. De buena gana destruiriais la Iliada, no es verdad ? y cómo no, cuando en ella no se habla de santo Domingo, fundador de la Inquisicion, ni de san Ignacio de Loyola, sino de Júpiter Tonante y Agamenon Atrida ? Destruid la Iliada, amigos, y asemejaos á Calígula, católico-apostólico-romano. Yo no la destruyo, y aprendo de memoria la Escritura Sagrada, fuente inagotable de virtudes, mar de poesia, monumento grandioso digno de la inspiracion divina. Si á bien lo teneis ahora, levantadme un auto de fe, enseñadme con el dedo las calderas hirvientes : Torquemada está pronto á escucharos y complaceros. Qué insensato empeño es este de formar sectas, deslindarlas, apartarlas, donde no hay ni puede haber sino una religion y doctrina ? Todos somos unos en ellas, y grito yo con Jeremias : El templo de Dios, el templo de Dios, el templo de Dios está entre nosotros !

Y Ciceron ! mi Ciceron viene aquí arrastrado por las barbas como sodomita, para que el fuego del cielo llueva sobre él ? No se me acuerda haber leído en ninguna parte que este grande hombre se hubiese precipitado en ese abismo : los historiadores de Roma no lo dicen, y no han puesto en olvido el matrimonio de Neron con el infame Esporo, ni los amores del emperador Adriano con el muchacho Antinoo. Plutarco, el filósofo austero que nada perdona á los sugetos de sus comparaciones,

no le afea á Marco Tulio con ese vicio, ni es por ahí por donde éste viene á ser inferior á Demóstenes. Middleton, en la vida prolija que de ese antiguo ha compuesto, no lo dice : en qué fuente han bebido, pues, los seudocatólicos esa noticia ? Estos traen sus papeles mojados, si ya no han ido á consultarse con la estatua del padre Pasquino. Lástima que no caigan en manos de Sixto V, para que este varon justiciero les corte manos y lengua ; manos y lengua que así se atreven á ponerse en una de las reputaciones más tersas que hubiesen cruzado los siglos, para llegar á nosotros á maravillarnos con la grandeza y mejorarnos con el ejemplo. Jamas han imputado vicio ninguno á Ciceron : en el más corrompido de los siglos, puédesele citar como brillante paradigma de virtud. Codicia, envidia, malignidad, concupiscencia y más groseras pasiones que dominan á las almas vulgares, nunca tuvieron el menor ascendiente sobre la suya. Los que leyeren sus cartas familiares no descubrirán en ellas nada de bajo, arrebatado, licencioso ; nada que haga sospechar alguna mala fe*. Cuando Ciceron, escribiendo á Peto, le cuenta su encuentro casual con la cortesana Cyteris en casa de su amigo Volumnio, hace pié en la nombradía de esa mujer pública para confesar que á él le gustaba comer bien ; no mucho, sino bueno ; pero que en ningun tiempo habia tenido inclinacion á los otros vicios, y ménos al libertinaje. Los que le echan en rostro sus dos repudios, no cargan la consideracion en que este hombre tan feliz habia sido el más infeliz de los mortales en el hogar doméstico.

* *Vie privée et littéraire de Cicéron*, édition de Le Clerc.

Terencia, su primera mujer, ostentó el corazón más duro y revesado que puede haber en el pecho femenino: cuando todo el mundo tenía á gloria presentar algo al vencedor de Catilina en el destierro, ella solamente le negó los socorros indispensables para la vida, haciendo gala de frialdad en sus cartas, ó insultándole necia, cuando lo que había menester ese delicado proscrito eran los consuelos de la amistad y el amor. Vuelve á la patria por decreto soberano: Italia entera, como él mismo dice, sale á su encuentro: los olivares de Tibur, las flores de la campiña romana son apenas suficientes para los arcos y las coronas que disponen hombres y mujeres: Senado, sacerdocio, patricios, gente llana, plebe, todos se van de vuelta encontrada hácia el varón inclito: Terencia, muda, rostrituerta, como quien estuviese devorando mortal disgusto, se queda en su casa. Llega Cicerón á Brindis, se detiene allí algunos días: su hija, su adorada Tulia, echando ríos de lágrimas, suplica á su madre le proporcione los medios necesarios para ir á ver y abrazar á su padre: la cruel Terencia le niega todo. No importa; la buena hija rompe por las dificultades, y vuela á echarse en los brazos que la envuelven con pasión infinita. Una vez en Roma, el varón consular supo que su mujer se había ocupado en hablar de él durante su ausencia, en difamarle y burlarse de sus más loables acciones; en seducir á su hija para que dejase de quererle. Herido en el corazón, indignado, la repudia, y hace bien. La indisolubilidad del matrimonio es una de las leyes más sábias del cristianismo: las desgracias particulares redundan en el provecho general, y los males y abusos del divorcio se han evitado con esta

cadena, pesada para algunos, dolorosa en sumo grado, pero salvadora de la familia y la sociedad humana. Entre los romanos el divorcio era permitido; y la mujer mal avisada que pagaba con ingratitud y bajeza el sacrificio de un hombre, allí al punto recibía su castigo.

El señor de Chateaubriand, en su flujo por traer á ménos la Roma antigua, porque algo resulte en provecho de la moderna, admira la corrupción de ese pueblo, y como prueba nefanda, nos reduce á la memoria el divorcio de Cicerón. Este verificó un acto lícito y llano según los códigos de su patria; y no alcanzamos cómo el ejercicio inocente de un derecho deponga en contra del que se atiene á sus regalías. Si el señor vizconde sienta que la corrupción estaba en las leyes mismas, tendrá que haberlas con todos los grandes hombres que las han hecho provenir de inspiración divina, y con todos los grandes pueblos que en ellas han fundado su legislación. Era por el contrario tan suma la moralidad del pueblo romano en sus mejores épocas, en los siglos de sus virtudes, que dejaban de aprovecharse de las concesiones legítimas de la ley por respeto á *los auspicios*, como lo hemos observado en el caso de Carvilio Ruga. Los romanos tenían facultad de repudiar á sus esposas, y algunas veces las repudiaban; por donde viene á ser el pueblo más corrompido del mundo, según el gran apologista de la Iglesia. Ahora veamos cuáles son más corrompidos, si los que verifican un acto según la ley, ó los que lo verifican infringiéndola? Cicerón, gentil, repudia á su mujer, sin faltar á las leyes; Napoleón, cristiano católico-apostólico-romano, repudia á la

suya á pesar de los preceptos del cristianismo. Ciertamente, echar á pasear á Terencia, mujer indigna de hombre de tanto mérito como Ciceron, es peor que despedir á una santa como Josefina Beauharnais. El uno es corrompido, porque es pagano, y no traspasa ley ninguna; el otro no lo es, porque es cristiano, aunque la traspase. No es verdad, por otra parte, que Marco Tulio hubiese repudiado á Terencia, « por casarse con su pupila, » como sostiene el autor de « El Genio del Cristianismo : » repudióla por los motivos que hemos enunciado, y se casó despues con Publia, sin haber pensado en ello anticipadamente. El señor de Chateaubriand falta á la precision histórica, y sea dicho con perdon de tan grande hombre. Bonaparte, cristiano, repudia á Josefina, *por casarse* con Maria Luisa : este es el punto. Y Bonaparte no es sino el ejemplo de los infinitos casos que pudiéramos traer, no solamente de emperadores y reyes católicos descasados, sino tambien de simples personas particulares. El que de Sevilla sale, herrada lleva la bolsa, dice un refran ; y si va á Roma, vuelve descasado, si lo quiere. Conque el divorcio fundado en profundas razones, permitido por la ley, es corrupcion; y el divorcio por dinero, traspasando la ley, no es corrupcion. Hé aquí, señor vizconde, los efectos de eso que vosotros llamais, en vuestra lengua, un *parti pris*; esto es una causa abrazada á ciegas, y defendida á todo trance. Con su segunda mujer Ciceron procedió más de ligero : no pudo sufrir la tirria con que ella miraba á Tulia, como buena madrastra, y sin más la echó á pasear, con haberle cautivado el amor de esa muchacha en términos de sacrificar el decoro de la edad, casándose hombre maduro

con una casi niña. No usó, pues, de la facultad del divorcio por aficion á otras mujeres, ni por prurito de variedad deshonesta, sino llevado de grande y justo resentimiento. Dion Casio, el historiador á quien todos llaman infame, por esa su negra tendencia á la difamacion y el descrédito de los antiguos más ilustres, se empeña en afeár á Marco Tulio con no sé qué amores misteriosos, cuya heroína anovelada es una tal Cerelia. Pero tan vano en sus imputaciones, que no puede ménos de confesar él mismo que cuando Ciceron tenia sus pláticas con la Cerelia, ésta era vieja de setenta años. Linda edad, y muy para el efecto de apasionar corazones delicados y fervientes. Esta vieja, humanista, como las suele haber, era admiradora arrebatada del orador y escritor más brillante de Roma : su trato no pasó, ni pudo pasar, del puramente literario. Si á don Marco, por obra del demonio, se le trabucaron juicio y sentidos, *manco male*, yo no le envidio el gusto. La vieja le dió, sin duda, un bebedizo, incurriendo *ab æterno* en la pena de las Siete Partidas, las cuales prohiben dar yerbas á los homes é las mueres para se far amar é derrocarse en ayuntamientos ilícitos é non alayados.

Muchos años despues de la muerte de Ciceron los emperadores comenzaron á mirarle como una divinidad, y le tributaron el culto que suelen á las de segunda orden; y se vió, cosa rara, á Ciceron, Cástor y Pólux y Jesus adorados en un mismo altar por los gentiles. En concepto de los romanos, á Ciceron no le faltó sino resucitar para ser hombre divino, como el aparecido de

repente « en planta de varon cabal » orillas del Jordan y el lago de Tiberiade, segun la creencia de los docetas. Erasmo afirma que si Ciceron hubiera sido cristiano, la Iglesia le hubiera canonizado; y Erasmo es uno que, andando á caza de flaquezas por la antigua Roma, y de defectos por las obras de Marco Tulio, primero que hallarle un vicio ni un acto infame en toda su vida, alcanzó á descubrir que no habia sabido latin, y le tomó más de un solecismo. Cuáles serian la rectitud de ese corazon y la pureza de esa vida, cuando sus mortales enemigos, como sean hombres de buena fe, han visto que por las virtudes privadas Ciceron hubiera sido santo! Y hé aquí que dos mil años despues brota de un estercolero una mano negra, se alarga en la punta de un hueso, y rompiendo la historia, y ensuciando la verdad, le da un bofeton al compañero de Jesus en el altar de los emperadores. Viviendo Ciceron, Escipion Nasica no hubiera sido declarado por decreto público el más santo de la ciudad, por que hubiera tenido un rival triunfante. Ya Erasmo le puso entre los de los cristianos; ahora dice: *Quum vita fuerit integra, nec integra solum, sed etiam casta*: cuya vida fué, no de integridad solamente, sino tambien de castidad *. De castidad, habeis oido? El probó, el casto no es « sodomita »: los hijos del pecado, los malditos y nefandos perecen debajo de montones de abrasada ceniza: éste, como Lot, sale por aviso de los dioses, y se va adonde no le alcanza el castigo de los réprobos. Lot huye, Lot se escapa, católicos! enviad tras él vuestros esbirros, y dad orden,

* ERASM. ad Joann Wlatten.

como Antonio, os traigan su cabeza y sus manos. Le alcanzaron, le cogieron: ya le llevan al profeta maniatado. Mas él ciega á los verdugos por la fuerza de la oracion, y les dice: Venid acá conmigo. Y cuando están en la plaza de Samaria, se dirige á Dios exclamando: Abrid, Señor, los ojos á estos desgraciados para que vean donde están. El poder de la santidad no sufre contraresto: Lot huye de Sodoma de orden del Altísimo: Eliseo ciega á los esbirros: á Ciceron no le alcanza el fuego de las ciudades malditas. Ni cómo le ha de alcanzar, cuando es casto? ni cómo le ha de alcanzar, cuando si viviera en tiempos posteriores á Jesus hubiera sido canonizado? ni cómo le ha de alcanzar, cuando ni cometió crimen ni conoció vicio en el mundo? « Al gran maestro, al mayor de los doctores, al santo, » ésta es la inscripcion que, tomada de la China, ha puesto el género humano en la fachada del templo invisible que ha erigido á Ciceron. Si el infame triunviro no hubiese dispuesto arbitrariamente de la vida del grande hombre, éste, como Edipo, no habria tenido muerte natural: desvanecido en presencia de los hombres, habria subido al cielo en alas de los ángeles. Enoc desaparece arrebatado por la palabra divina: Elías se encumbra sobre un globo de fuego misterioso. El que al morir puede exclamar: « Me siento convertir en un dios! » seguro está que su ángel de la guarda, ó su Genio, le ha guiado siempre por caminos opuestos á los de Sodoma y Gomorra, donde crímenes y vicios llevan adelante un carnaval perpetuo. Puesto que la virtud divina obra en vosotros, segun decís con sobrada impiedad, haced descender por la fuerza de la oracion las